

Capítulo 23 - - Luces Pálidas

- Capítulo 23 - - Luces Pálidas

Capítulo 23 - - Luces Pálidas

Se sumó un nuevo miembro a su número.

Yaretzi fue la última en llegar, acercándose en la noche en que las tripulaciones de Tupoc y Lord Ishaan partieron a explorar el territorio más adelante. La Aztlán no mostraba signos de desgaste tras los esfuerzos de la primera prueba, su rostro bronceado sin marcas visibles, vestida con ropas prácticas: una blusa sin mangas a rayas sobre una larga falda de retazos, todo cubierto por un robusto abrigo de marinero. Sus pendientes de cobre y oro, igual que los de Tupoc, estaban adornados con piedras azules y resaltaban su mirada profunda y seductora.

“¿Turquesa?” preguntó Angharad, tocándose la oreja mientras la otra mujer se sentaba.

Yaretzi pareció sorprendida, incluso complacida.

“Exactamente,” dijo ella. “Formé parte de la Sociedad de la Turquesa antes de partir de Izcalli.”

Angharad levantó una ceja.

“Pensé que las sociedades de Izcalli llevaban nombres de animales,” dijo. “Jaguares, águilas y así.”

“Las sociedades guerreras sí,” corrigió Yaretzi. “La cosmología de Izcalli divide el mundo en tres esferas, una de las cuales es la guerra. Como diplomática, formaba parte de la segunda esfera, cultura, cuyos grupos llevan el nombre de piedras preciosas.”

“¿Y la tercera?” preguntó con curiosidad.

“Comercio,” explicó Yaretzi. “En el sentido de oficio, no solo el mercantil, aunque también abarca eso. Es la tercera esfera y la más pequeña, aunque aún por encima del okse—el otro, aquello que no pertenece a ninguna esfera.”

“Supongo que aquí se cuenta a los extranjeros,” aventuró Angharad.

“Mal de que no hayan tenido la sensatez de nacer en Izcalli,” respondió ella, con una media sonrisa en los labios.

“Solo puedo ofrecer una disculpa por la ofensa,” replicó la noble con gravedad.

“Te lo perdonaré esta vez,” concedió Yaretzi. “Es una cuestión de filosofía en la nomenclatura de las sociedades. Un guerrero busca encarnar las virtudes de su emblema, pero eso es una distinción personal. Una sociedad cultural lleva el nombre de una piedra preciosa porque deseamos que nuestro servicio a Izcalli sea tan valioso como ella.”

“Eso es loable,” dijo Angharad. “El honor de uno se encuentra a menudo en el servicio a los demás.”

Era el principio fundamental del honor en las Islas, cuyo pilar era la Gran Reina. Ella era la custodio del honor de todo Malan, su comienzo y su fin, y no podía morir mientras los habitantes de las Islas permanecieran honrados.

“La mayor parte del tiempo, nos enseñan a pensar diferente a los matones de la sociedad guerrera,” afirmó Yaretzi. “Solo hay cierta cantidad de guerras de flores que se pueden iniciar antes de que te ahogues en enemigos en lugar de trofeos de guerra. Creo que nuestro... amigo, el maestro Xical, nunca aprendió realmente esa lección.”

Angharad la observó con atención, en silencio.

“¿Pero tú sí?”

“Mucho de mi vida lo he dedicado a aprender a leer a las personas,” sonrió la Aztlán. “Por eso puedo decirte con cierta seguridad que Shalini es una de las personas más encantadoras que conocerás, y también que si sospecha que alguien podría ser un pequeño problema para Ishaan, no dudará en dispararle un tiro en la espalda sin remordimientos.”

La sonrisa de Yaretzi no mostró ni un atisbo de inseguridad, aunque se tensó en torno a sus ojos.

“Son una tripulación formidable, esas dos han reunido, pero hasta que no hayan decidido si son hermanos o amantes, prefiero mucho más ser parte de la tuya,” dijo ella. “Eso me ayudará, al menos, a mantener la calma.”

Angharad se ahogó en un gesto, sorprendida por la mirada íntima a los asuntos privados de la Someshwari y por la inesperada petición.

—¿Puedes pelear?— alcanzó a toser ella.

Yaretzi la miró con expresión somarda.

—Querida—dijo—fui diplomática de Izcalli.

Eso era razonable, y así la compañía sumó otra más. Pasaron el resto de la tarde preparando suministros y practicando formaciones básicas, insistencia de Angharad, porque un equipo que no conoce su lugar solo tropezaría unos con otros en medio de una tormenta. O eso siempre había dicho Madre. Para la noche, ella estaba satisfecha de que todos tenían un entendimiento elemental de las habilidades mutuas y sabían dónde colocarse cuando la violencia, inevitable, llamara a la puerta.

Ahora solo quedaba salir afuera.

—

A la mañana siguiente, las divisiones estaban claramente visibles.

Tres equipos de excavación estaban juntos para el desayuno, y luego los pocos reservistas que no tenían intención de salir ese día: Tristan, Sarai, Francho y Vanesa. Remund hizo algunas bromas de mal gusto sobre por qué Tristan y Sarai podrían querer quedarse atrás, con solo ancianos como testigos, pero se desinflaron ante la indiscutible desaprobación de ella. A excepción de ese error, el ánimo era agradable. Yaretzi se llevaba bien con las dos personas con quienes compartió la Prueba de las Líneas, aunque caminaba con cuidado cerca de Zenzele, y aunque el ambiente entre Song e Isabel seguía siendo tenso, la Tianxi encontró mucho de qué conversar con Inyoni.

Ese ambiente amistoso fue destrozado por la Sargenta Mandisa, quien recorrió todas las mesas con una caja de madera llena de pequeñas linternas de hierro, que finalmente Angharad reconoció como tal. Ninguna más grande que un puño, encantadoras pero idénticas. Algún taller Tianxi debía hacerlas en masa. La sargenta mostró el pequeño círculo grabado en el interior, donde debían colocar al menos una gota de su sangre, en el lugar donde estaría la vela si fuera una linterna real. Angharad se pinchó el antebrazo con un cuchillo y colocó una gota, siguiendo la instrucción.

—¿Por qué una linterna?—preguntó a la Sargenta Mandisa.

—Por la misma razón por la que las usaron los Veinte Tronos—intervino distraídamente Lady Inyoni.

Angharad la miró con blankitud, confundiendo a la otra mujer.

—¿Nunca leíste ‘El Mar Vacío’?—preguntó lentamente.

Ah, pensó la noble. Eso explicaba. Era la tercera de las Grandes Obras y, por lo que recordaba, solo era marginalmente más interesante que ‘La Vanidad’ y sus mitologías incomprensibles o que la interminable lista de muertes y desastres que narraba ‘La Costa Muerta’. Angharad dejó de intentar leerla después de que su Padre admitió que, aunque pretendía relatar cómo las naciones de sus antepasados partieron del moribundo Viejo Mundo y llegaron a Vesper, en realidad era un libro filosófico sobre la naturaleza del ser humano y sus reflexiones sobre el mismo Mar Vacío.

Muchos relatos de isla en isla donde al final la lección era que los verdaderos monstruos eran los hombres, había escuchado.

—Comencé las Obras con ‘Los Barcos del Amanecer’—confesó.

Y las terminé con ‘La Locura del Rey Issay’, evitó añadir. Que solo había leído dos de las nueve Grandes Obras era ocasionalmente un pequeño apuro.

—No se le puede culpar, yo nunca leí nada tan deprimente como ‘La Costa Muerta’—compartió la Sargenta Mandisa.—He elaborado listas de víctimas que serían más alegres.

—Pero tú la leíste, ese es el punto—gruñó Inyoni. —Es nuestro patrimonio común, hay una razón por la que es obligatorio.

La mujer mayor, de rostro curtido, la miró con recelo.

—Los Veinte Tronos, Lady Tredegar, nuestros propios antepasados—dijo señalándola con dedo acusatorio—, descubrieron que nuestras percepciones influyen en el éter. Asociamos las linternas con la visión, con encontrar cosas, y así—

“Los dioses podrán usarlos para alcanzarte,” concluyó la Sargento Mandisa. “Ya sabes, para comer.”

Ambos le lanzaron miradas extrañas ante esa elección de palabras.

“Fui criada en la ortodoxia, para mí no son espíritus,” les informó la sargento.

“Es tu prerrogativa estar equivocada,” concedió Inyoni.

“Vamos, ahora.”

“No es su culpa, nunca le enseñaron mejor,” se excusó Angharad.

“Y yo iba a darles pistas sobre el laberinto,” dijo Mandisa.

Inyoni levantó una ceja.

“¿De verdad?”

Un momento pasó.

“No,” confesó Mandisa. “Dioses, parece que me mira fijamente mi propio abuelo. En cualquier momento seguramente preguntarán por qué aún no tengo esposo.”

“¿Y por qué es eso, joven dama?” preguntó Inyoni.

La sargento Mandisa tembló, describió toda la escena como inquietante y huyó a otra mesa. Angharad perdió la batalla por mantener su sonrisa sin que se notara, aunque admitió que no se esforzó mucho en ello. Conforme el desayuno fue terminando lentamente y quedó claro que una vez más Beatris no se uniría a ellos, los labios de Angharad se apretaron. Isabel había admitido la noche anterior que no veía a su doncella en más de un día, ni siquiera en las comidas, y que la Guardia se había negado a responder sus preguntas. Como ya no dormía en los viejos establos como los demás y sus asuntos personales parecían haberse eliminado, se sospechaba que dormía en los cuarteles con los hombres de la Guardia Negra.

Angharad buscó y encontró la mirada de Isabel. Como estaban todos en la misma mesa, en comunidad, no podía romper el voto que había hecho a Remund y aún debía seguir atendiendo.

“Quizá ella se ha retirado de las pruebas,” dijo Angharad.

“¿Y ni siquiera me pidió permiso?” replicó Isabel, claramente escéptica. “Los cuarteles son también donde operó esa anciana encantadora, así que debe haber una consulta médica allí. Supongo que simplemente está más enferma de lo que pensábamos.”

No podía saber cuánto de eso era una verdadera creencia y cuánto una estrategia para salvar la apariencia, ante la posibilidad de que su doncella, Angharad, la hubiera abandonado, y ahora no era momento para profundizar en esa pregunta.

“De cualquier modo, no debe considerarse parte de nuestra compañía,” afirmó.

A eso, Isabel sólo pudo asentir. Serían ocho, entonces, y no nueve.

Tras que todos terminaron de terminar su desayuno, cuando su grupo se dispuso a recoger sus pertenencias, Angharad fue abordada por una pareja con la que, hasta entonces, había tenido poco contacto: el lord Ishaan Nair y Shalini Goel. Salvo sus ocasionales conversaciones cordiales en el Bluebell, apenas habían compartido un minuto, así que no era probable que fuera una visita social. Un movimiento llamó su atención, y encontró a Song, lista y armada, ya en camino. Isabel venía detrás, conversando con Remund con un leve aire de irritación en el rostro. Satisfecha por los refuerzos que llegaron rápidamente, Angharad se volvió para recibir a la pareja Someshwari con una sonrisa cortés justo cuando Song se colocó a su lado, haciendo eco de Shalini.

“Lady Angharad,” la saludó Ishaan.

“Lord Ishaan,” respondió ella. “Muy buenos días.”

“Y a ti,” dijo él con facilidad.

Ahora lucía mejor, no tan pálido ni febril como en los días anteriores. La incomodidad provocada por su contrato parece haber pasado.

“Shalini.”

“Song.”

Sus tonos sonaron extrañamente divertidos, dadas las circunstancias banales. De ser otra situación, Angharad habría entablado una charla trivial con los demás, como exigía su posición, pero tenían asuntos más urgentes que atender.

¿Puedo ser de ayuda, Señor Ishaan? preguntó ella.

Se me ocurrió que, aunque nos separaremos más tarde, —dijo el hombre regordete—, podríamos viajar juntos hacia los santuarios.

El tono era casual, pero la oferta implícita no lo era. Angharad decidió expresarlo claramente.

“Una defensa mutua contra el grupo de Tupoc en el camino me parece conveniente,” dijo ella. “Y sería diplomático mantener cierta distancia para... evitar disputas.”

Zenzele Duma era un señor de Malan, no rompería una tregua tan fácilmente como no dispararía a un niño desde la oscuridad, pero los temperamentos era mejor dejarlos sin probar si era posible.

“Negocios acelerados,” comentó Shalini.

“Dejamos nuestro té y seda en casa,” respondió Song.

Ambos ignoraron a sus segundos.

“Contra el grupo de Tupoc u otras terceras partes que no sean la Guardia,” propuso Lord Ishaan. “Y ofrecería las mismas condiciones para un regreso común, si dejamos el laberinto más o menos al mismo tiempo.”

Angharad podía ver la atractividad de un regreso conjunto, ya que en ese momento serían los más débiles—cansados, heridos, posiblemente cargando cadáveres. La primera parte le hizo dudar, pues era peligrosamente abierta: las terceras partes podían significar muchas cosas, incluso si su cooperación se limitaba a la defensa mutua.

“Participantes no provocados intencionadamente,” precisó finalmente Angharad.

No permitiría que su equipo fuera arrastrado a disputas como un reeve engañado para alinearse con algún clan Uthukile. Había oído historias: el reeve siempre terminaba siendo disparado y luego los clanes hacían inmediatamente un matrimonio de paz para comenzar a saquear a sus vecinos por ganado.

Ser nombrada reeve real en la Isla Baja no era considerado un premio por una mujer sabia.

“Cautelosa,” dijo Shalini.

“La última vez que mi gente no fue así, nos tomó cuatro Guerras Cathayanas sacarte de allí,” afirmó.

“Salvaje,” alabó ella.

Angharad intercambió una mirada con Ishaan, compartiendo la familiar sensación de vergüenza por la compañía que habían llevado. Se estrecharon las manos, más para evitar malentendidos que por falta de temas de discusión. Al partir, la Pereduri intentó recordar lo que Yaretzi había mencionado, pero en su mayoría Notó que Shalini protegía al hombre—lo cual no era ninguna novedad.

Informó a los demás del acuerdo alcanzado mientras se preparaban para partir, con aprobación general. La expresión de Zenzele se tensó, pero incluso él reconocía la lógica de un pacto de protección. Sin más retrasos, partieron sigilosamente a través de las aperturas en las murallas en la parte trasera del Viejo Fuerte. La Guardia los vigilaba desde arriba mientras avanzaban entre los escombros y sobre la roca desnuda e irregular del suelo de la caverna. Aquí no era tan lisa como antes de entrar en el fuerte.

Sin linternas y con el pálido resplandor dorado que provenía del exterior, habría sido difícil caminar: había grietas y acumulaciones, además de extensiones cubiertas por algún tipo de musgo cobrizo que resbalaba mucho. La tripulación de Lord Ishaan los esperaba adelante, casi en formación, mientras que frente a ellos, las linternas revelaban que Tupoc Xical y sus cinco acompañantes lideraban la comitiva.

El trayecto fue tranquilo, aunque el ambiente estaba tenso por los nervios y la tensión acumulada. Estaba a unos quince minutos del fuerte cuando empezó la pendiente de antiguos santuarios, informó Lord Ishaan. Después de dejar atrás la gran columna que lo sostenía, el Viejo Fuerte quedó a su lado, y el terreno entre ellos y las ruinas era mayormente abierto, con sólo algunas rocas salientes, usualmente cubiertas por ese musgo cobrizo que resbalaba mucho.

Los orígenes del laberinto no eran evidentes, pues aunque cada rincón de este lugar había sido construido por hombres, el propio sitio no lo era — cualquier espíritu desordenado que creyó conveniente tirar todo en un montón no respetaba portones ni senderos. Escombros y piedras sueltas, en ocasiones incluso segmentos enteros de estructuras como arcos y columnas, surgían en una pendiente suave que, poco a poco, se convertía en una montaña dentro de la montaña. Tantos templos, santuarios y quioscos habían sido amontonados unos sobre otros que no podía distinguir dónde terminaban los restos de uno y empezaban los de otro, dejando la impresión de que en realidad miraba una verdadera montaña.

Había decenas de santuarios medio abiertos que podrían haber funcionado como una entrada, observó Angharad, pero solo tres cuyas bocas estaban abiertas más allá de unos pocos pasos. Los tres santuarios mencionados por la Guardia: uno marcado por un león, otro por una paloma y el último por una serpiente. La tripulación de Tupoc ya estaba colándose por una estrecha grieta entre dos muros, a lo largo de la cual se deslizaba un mural roto de una serpiente. La elección del Santuario de la Serpiente por parte de los aztecas resultaba, en toda honestidad, un poco evidente. Sus pensamientos se interrumpieron por Lord Ishaan, quien le extendió la mano para estrecharla. Ella aceptó.

“Exploramos ayer el Santuario del León,” dijo el hombre de ojos oscuros. “Y lo haremos de nuevo hoy.”

“Buena suerte,” respondió Angharad.

“Y tú,” dijo él.

Por lo tanto, les tocaba aquel ser el Santuario de la Paloma. Estaba en el centro de los tres, entre un arco pintado y esculpido a la izquierda, adornado con una cabeza de león rugiente, y el estrecho sendero serpenteante que Tupoc guiaba a sus compañeros. La entrada a su propio santuario consistía en una escalera ancha, semienterrada en polvo y escombros, que subía hasta veinte pies hacia un arco colapsado — fácil de escalar, llevando hacia puertas abiertas y hendiduras cubiertas con intrincados bronce de palomas en juego. Un pasillo continuaba hacia lo que ella pensaba era el santuario propiamente dicho, mientras sobre la puerta la montaña de ruinas seguía elevándose.

Un simple dedo de pie más arriba de una columna había caído hacía atrás, atrapado entre dos estatuas de monos riendo. Justo encima, una ventana de la que titilaba una luz amarilla temblorosa

— y Angharad agitó la cabeza. Podría pasar toda una vida descubriendo nuevos caminos aquí sin rascar siquiera la superficie. Tendría que confiar en las exploraciones de la Guardia. Miró hacia atrás, donde encontró a su grupo con rostros severos y en silencio, preparados para lo que estuviera por venir.

“¡Adelante,” simplemente dijo. “Veamos qué nos reserva el santuario.”

La piedra en este lugar resultaba inquietantemente seca, notó, muy distinta al suelo de caverna natural por el que habían caminado. Parecía que los espíritus de este sitio habían absorbido incluso el rocío. Aunque Angharad avanzaba con una linterna, tras atravesar el arco roto y entrar en el pasillo descubrió que prácticamente no era necesaria: las paredes estaban iluminadas con pequeñas llamas temblorosas en compartimentos de cristal, instaladas a intervalos regulares. Era sorprendentemente hermoso, especialmente cuando la luz reflejaba en los relieves de bronce que adornaban las paredes, mostrando plumas, pensó la Pereduri. Algunas de ellas estaban dobladas o enrolladas en formas extrañas.

Recorrieron el corredor hasta llegar a una sala más grande, cuyo suelo cubierto de polvo mostraba huellas antiguas. La Guardia, decidió Angharad. Un parpadeo de movimiento en el rabillo del ojo la llevó a agarrar su nueva espada, una hoja sólida que no era la que ella deseaba, pero al mirarla, solo encontró un huevo de cristal vacío en una esquina. La piedra desnuda de este lugar resultaba inquietante, y sin demora siguió avanzando.

Esto era, lo que Pereduri sabía en un instante al entrar, en el corazón del Santuario de la Paloma. La cámara era la más grande hasta ahora, al menos treinta pies de ancho y la misma distancia de largo, con decoraciones elaboradas. Los primeros metros del suelo eran de piedra desnuda, pero más allá, un suelo de azulejos en azul y bronce conducía hasta otra zona sin revestimiento y una puerta estrecha en la parte trasera; sin embargo, lo que captaba la atención eran las paredes. Estaban cubiertas con murales vertiginosos de azulejos de bronce, pintados de manera que remolinos profundos de colores oscuros envolvían ojos y plumas, y elegantes percheros de bronce se extendían en intervalos irregulares.

Angharad se apartó de la entrada, pero cuidó de mantenerse en la piedra desnuda. El espíritu de este santuario se revelaría en breve: la única salida parecía conducir a una cámara mucho más pequeña, quizás la vía de escape. Sus instintos no fallaban. En cuanto la última de ellas, Zenzele, entró, se produjo un pequeño aleteo. Ocho pares de ojos dirigidos al mismo perchero, donde el espíritu había decidido mostrarse.

Parecía una paloma, pero finalmente Angharad comprendió la extraña gildinga de antes: cada pluma estaba hecha de papel meticulosamente doblado, con patrones dentro de patrones, y ella tenía cuidado de no mirarla demasiado tiempo. Si la poderosa tormenta en el mural era alguna pista, quizás exista peligro en mirarla fijamente. El espíritu paloma agitó sus papeles con un movimiento inquietantemente similar al de un pájaro.

“Solicitantes”, habló con voz como papeles que se agitan, “entráis en el santuario de-”

Angharad hizo un gesto de incomodidad. Eso no había sido una palabra, al menos no en un modo que pudieran escucharla unas orejas humanas. Sus compañeras parecían no haberlo entendido

mejor.

“Por antiguo pacto”, continuó el espíritu paloma, “por una apuesta podéis aceptar mi prueba y obtener el derecho a pasar.”

“¿Y cuál será su prueba, espíritu?” preguntó Lady Inyoni.

El espíritu paloma aleteó con enojo, inflando sus plumas de papel. Los espíritus a menudo disfrutaban de la deferencia inmerecida que se atribuía a un dios, pero Inyoni no había hecho nada malo. El único dios era el Dios Durmiente, aquel que un día despertaría.

“Crucad las baldosas de mi santuario”, dijo, “sin pisar el agua.”

Angharad observó las baldosas, sin ver agua alguna. ¿Quería decir las baldosas azules en lugar de las de bronce? Eso sería lo más fácil, ya que alternaban, lo que probablemente señalaba alguna trampa. Sin embargo, dada la afinidad singular de su contrato para evitar cometer tales errores —y que nada que vislumbrara en el porvenir la dejaría pasar—, lo más lógico sería comenzar. Sería también un buen ejemplo, además. Antes de que Angharad pudiera siquiera pronunciar una palabra, fue interrumpida.

“Déjame a mí”, dijo Isabel, avanzando un paso.

Sorprendió a Angharad, que no esperaba esa actitud en ella.

“No es necesario que...”, empezó, pero la belleza de cabello oscuro negó con la cabeza.

“Sí lo es”, replicó. “No desconozco que mi destreza con las armas no está a la altura de la de la mayoría aquí. Debo estar lista para arriesgar mi vida en pruebas de ingenio para compensar. Es lo justo.”

Muchas caras aprobatorias lo mostraron, suficiente para que Angharad contuviera su impulso de insistir en que alguien más tomara la primera prueba. Sería una falta de respeto doble: primero, hacia Isabel, que actuaba con honor, y luego hacia todos en este grupo por insinuar que sus vidas no tenían igual valor. Ella disimuló su preocupación sin que se notara.

“Ten cuidado”, dijo en su lugar.

“Por supuesto, querida”, sonrió Isabel en respuesta.

Luego avanzó un paso, recogiendo su falda, y se acercó al borde de los azulejos con postura recta.

“Dios de la tierra, te pido condiciones”, gritó.

El espíritu paloma se agitó en su reposo, lo que parecía ser plumas que temblaban a simple vista, en realidad un intrincado baile de doblar y desdoblar papel.

“Ya les di”, respondió el espíritu, con voz como cuerdas de páginas being strummed.

“Entonces no habrá inconveniente en volver a decirlo”, insistió Isabel con firmeza.

El espíritu agitó sus plumas de papel irritado, probablemente molesto por haber sido privado de iniciar otro juego sin aviso previo.

“En este suelo hay sesenta y cuatro azulejos”, dijo el espíritu paloma. “Debes cruzar de un lado a otro sin pisar agua ni salir de los azulejos.”

“Dios de la tierra, aceptaré estos términos”, dijo Isabel. “Ofrezco por mi apuesta esta linterna.”

Presentó la pequeña linterna de hierro, tocada con una gota de su sangre.

“¿Qué ofreces a cambio?”

“Un paso pacífico, sin obstáculos, a través de mi santuario para todos los que estén en esta sala”, dijo el espíritu paloma. “Hasta tu muerte.”

“Dios de la tierra”, replicó Isabel, haciendo una reverencia respetuosa, “acepto estos términos y apuestas.”

“Entonces puedes comenzar mi prueba”, permitió el espíritu. “Adelante.”

Solo Isabel no se movió inmediatamente a uno de los azulejos. En cambio, buscó en la bolsa que llevaba, sacando una varilla larga y delgada de metal – casi como una caña de pescar hueca. La hermosa de cabello oscuro caminó lentamente a lo largo de los azulejos, mientras todos estaban apartados para dejarle espacio, con la mirada analítica, hasta que presionó la punta de la varilla sobre un azulejo azul – el cuarto a la izquierda de la primera fila. Como no ocurrió nada, ella se colocó sobre el azulejo. El corazón de Angharad latió con fuerza, pero tras un largo momento quedó claro que Isabel estaba a salvo.

De manera meticulosa, Isabel empezó a tantear otros azulejos.

Angharad no lograba entender la lógica ni el motivo, pues intentaba no solo los azulejos que estaban delante de ella, sino también el que se encontraba a su izquierda – solo para que ese se desplomara de inmediato. Como una flor cerrándose, la fina cubierta de papel del azulejo se arrugó y reveló el río pintado debajo. Varias personas respiraron profundamente. Ahí estaba el agua mencionada.

“Ningún solicitante, tú”, siseó el espíritu paloma, con voz como papel rasgándose. “Ladrón, ladrón, ladrónladrónladrón –”

A medio camino en el tablero, uno de los azulejos tembló. En el latido siguiente, dejó de ser un azulejo y se convirtió en un hueco abierto de oscuridad brillante. Gloam, pensó Angharad. Un pozo de Gloam. Nada podía venir más que la muerte al pisar allí.

“Nunca prometió dejar todos los azulejos”, señaló Lord Zenzele. “Deberíamos haber pensado en eso”.

“Está enojado”, respondió Song con calma. “Y tal vez no hubiera actuado así si Lady Isabel no hubiera sido advertida claramente de esta prueba.”

Es probable, admitió Angharad, que ella había sido. La búsqueda ciega parecía más bien que Isabel buscaba un patrón específico – quizás había varios, y ella trataba de descubrir con cuál estaba tratando. Sin duda, después de moverse dos veces en diagonal hacia la derecha y revelar dos azulejos de papel más, avanzó con mucha más confianza. Solo el espíritu paloma estaba enojado, siseando su acusación de ladrón mientras sembraba otro pozo de Gloam cada minuto o poco más. Intentaba atraparla en una esquina, cortar su camino, pero aunque las manos de Isabel temblaban ligeramente por el miedo, sus ojos permanecían firmes. Se requería valor para afrontar tal prueba, pensó Angharad, incluso estando advertida. A diferencia de ella, la infanzona nunca había sido preparada para el peligro.

Era bastante tentador ver que Isabel Ruesta era del tipo de mujer capaz de arriesgar su vida si la situación lo requería.

A pesar de la ira del espíritu paloma, sus tretas y pruebas no fueron rival para la astucia que se empleó contra ellos. En diez minutos, Isabel ponía pie en la piedra desnuda, victoriosa en el desafío que se le planteó. Todas las miradas se volvieron hacia el espíritu, cuya rabia escupida no presagiaba nada bueno.

“Eres un ladrón,” chilló, con el papel retorcido y doblado. “Ladrón y vencedor. Apártate de mi vista.”

Se apresuraron a cruzar, con cuidado de evitar las fosas persistentes de la Gloom, que el espíritu claramente no eliminaba. Los nervios de Isabel se calmaban al tiempo que Angharad se unía a ella, aunque sus mejillas aún estaban sonrojadas de manera encantadora. Algunos felicitaciones provinieron de los demás cuando salieron del gran vestíbulo hacia la sala más pequeña tras él, que no era más que una habitación oscura con una gran paloma de bronce en su interior, a la que todos evitaban tocar. Parecía la idolatría del santuario. Más allá, un agujero en la pared conducía a una rendija de luz dorada, un pequeño jardín árido donde el resplandor desde arriba proyectaba sombras sobre el suelo polvoriento.

Todos respiraron con mayor facilidad fuera de allí, alejados del espíritu y de su enojo por haber sido vencido.

El jardín era bastante anodino, aunque desolado y cubierto de polvo, pero al mirar con atención, Angharad descubrió por qué la Guardia llamaba a este lugar un laberinto: había fácilmente tres caminos posibles, quizás cuatro. Al otro lado del jardín, más allá de un arreglijo elegante de piedras, un pequeño puente curvado sobre una profunda grieta conducía a lo que debía ser otro santuario. A su izquierda, un sendero angosto rodeaba lo que parecía ser un bosque de columnas que sobresalían desde un nivel elevado del templo, mientras que a la derecha, una gran escalinata caída servía como el primer piso de una serie de plataformas para escalar más allá del muro del jardín, hacia lo que parecía un sendero serpenteante.

“Las columnas parecen ser el camino que más avanza,” señaló Remund Cerdan.

Había estado en silencio ese día, casi retraído. Era poco habitual en él, pero entonces estaba rodeado de desconocidos que no le deben ninguna lealtad. El maestro Cozme no le había dejado ni una vez.

“También parece ser un templo más grande,” le dijo Inyoni. “Podría significar un espíritu más fuerte.”

“Si hacemos una prueba cada cien pasos, ninguno de nosotros llegará vivo a la puerta al otro lado de esta caverna,” observó Song, “por lo que sugeriría no cruzar el santuario más allá del puente.”

“De acuerdo,” gruñó Zenzele. “¿A menos que la *suertuda* Lady Ruesta tenga también esa suerte?”

Isabel negó con la cabeza.

“Nunca había escuchado hablar de este jardín,” dijo. “Me describieron el final del Santuario de la Paloma como un vasto patio con secciones colapsadas que revelan túneles.”

“No sería mucho un laberinto si pudiera mapearse tan fácilmente,” dijo el maestro Cozme. “Lady Tredegar, ¿cuál es tu opinión?”

“La inclinación por las escaleras rotas me intriga,” admitió. “Parece que desde allí podemos ver los terrenos del templo de todos modos, así que, en el peor de los casos, podríamos avanzar mejor informados.”

“Es el camino más difícil,” objetó Remund Cerdan. “Si alguno de nosotros falla un salto...”

“El sudor viene bien para el alma, Lord Remund,” bufó Inyoni. “Estoy de acuerdo con Lady Tredegar.”

La mayoría, si no todos, estaban de acuerdo. Se dirigieron hacia el camino de la derecha. Escalar la escalinata caídas no fue difícil, tampoco el salto hacia lo que parecía ser el techo de un quiosco de piedra en ruinas. Desde ese techo hasta la cima de la columna notablemente gruesa fue más complicado, dado el tamaño más pequeño del lugar desde donde podrían saltar, pero después de que Angharad se quedó atrás para ayudar a Yaretzi a saltar, los demás siguieron el ejemplo y la suerte estuvo de su lado, ya que nadie cayó. El Pereduri no estaba seguro de si la altura sería suficiente para romper una pierna, a menos que cayeran en un ángulo muy desafortunado, pero ciertamente habría dolido.

El borde del muro del jardín fue el último salto, atravesando una franja ligeramente más baja del tejado de baldosas que rápidamente quedó cubierta por el borde de una rotunda colapsada. Era bastante sencillo, si uno se cuidaba de no resbalar en las tejas, y después de eso, el camino no requería más saltos: rodeaban el borde de la rotunda, observando el templo debajo de ella y unas inquietantes luces parpadeantes, antes de ascender por una azuela inclinada que atravesaba una serie de arcos. Parecía que esa había sido la cima de muchas pruebas, lo cual era buena noticia si lograban encontrar una forma de bajar. Lamentablemente, los senderos seguían subiendo. Retrocedían después de que escaleras que bajaban conducían a una verja de hierro con rejas, y se deslizaban por el lateral de una ziggurat mientras extrañas formas acechaban en la hierba

demasiado pálida de abajo. Sin embargo, aunque seguían elevándose, también avanzaban—¡y sin más pruebas!

Su suerte llegó a su fin cuando el acueducto caído pero intacto que usaban como camino cruzó un hueco y los llevó directo a una puerta abierta, flanqueada por dos cascadas sin otro camino a la vista. Se congregaron cerca de la entrada—el interior estaba completamente oscuro—y se desplazaron incómodamente. Debía haber pasado al menos una hora y algo desde la primera prueba, parecía como si hubieran comenzado de nuevo.

“Al parecer, no hay más opción que avanzar”, murmuró Song.

“Yo no diría eso”, respondió Lady Inyoni.

Ella era, como Angharad observó al girarse, arrodillada junto a la cascada a su izquierda.

“El corriente es débil y el agua, superficial”, les explicó la mujer mayor. “Podríamos rodear la prueba a través de la cauce, si no nos importa ensuciarnos un poco.”

Hubo cierto debate, pero al final prefirieron avanzar haciendo marcha con las piernas sumergidas en el agua, sosteniendo sus bolsas por encima de sus cabezas, en lugar de arriesgarse con otro espíritu. Era agotador vadear en el agua, incluso con una corriente tan ligera, pero el cauce tenue condujo eventualmente a una serie de piscinas luminosas anidadas entre las altas paredes de un santuario, tan elevadas que parecían acantilados. El agua era más profunda en las piscinas, por lo que se mantuvieron a los lados; parecía un callejón sin salida, hasta que Song encontró agarres tallados en la ladera de un acantilado. Conducían unos veinte pies hacia arriba, hasta una esquina hábilmente oculta que era la entrada a un túnel.

No había mucho espacio allí arriba, así que, tras que Angharad y Zenzele se unieran a Song, tuvieron que gritar hacia abajo para hablar con los otros. Song estaba convencida de que el túnel no era la guarida de un dios, insistiendo que no llevaba marca de santuario, y resultaba convincente, pues los demás aceptaron. Ayudaba que ninguno quisiera volver a cruzar el cauce, si podía evitarlo.

El túnel giraba bruscamente a la izquierda, atravesando lo que parecía ser piedra sólida, y finalmente alcanzaba el exterior, revelando un gran templo domo a lo lejos, en la cima de una serie de escaleras aireadas. Sin embargo, para llegar allí, debían recorrer una estrecha cornisa que miraba hacia un elegante mosaico rojo a un lado y una caída abrupta al otro. Al mirar abajo, Angharad solo vio niebla y escuchó el sonido de agua lejana. No parecía un descenso del que uno pudiera salir con vida.

“No parece imposible, si tomamos nuestro tiempo”, dijo Remund Cerdan. “Hay espacio entre la piedra y el mosaico para sujetarse.”

Al mirarlo de nuevo, Angharad se dio cuenta de que tenía razón. Era más que suficiente para agarrarse a la parte superior del mosaico. El infanzón no ofreció usar su contrato para crear agarres, y ella no le pidió — aún no era necesario revelar los detalles de su poder, más aún cuando había alternativas disponibles.

"Sería una pérdida dar la vuelta ahora," coincidió Lord Zenzele. "Creo que estamos casi a un tercio del recorrido. Incluso si hoy por la tarde cubrimos solo la mitad del terreno, a este ritmo, para mañana tendríamos un camino hacia el final del laberinto."

Había cierto entusiasmo ante esa idea. Si lograban trazar una ruta, bien, la necesidad de contar con diez 'victoriosos' podría verse de manera más relajada. Podrían escoger las pruebas a realizar, enfocarse en aquellas que dieran mejores posibilidades de supervivencia. Con la mayoría de acuerdo, comenzaron a cruzar. Solo Song parecía menos entusiasta, y Angharad se detuvo para hablar con ella.

"Nada práctico," le dijo la Tianxi antes de que pudiera preguntar. "Es el mosaico lo que me confunde. Claramente, fue parte de un santuario en algún momento, pero ya no lo es."

"El Vigilante mencionó que algunos de los espíritus del santuario mueren," le recordó Angharad.

"Eso es algo peligroso, Angharad," murmuró Song. "Cuando un dios vuelve a la estética etérea sin forma, deja tras de sí una impresión de sí mismo. Rara vez es algo benevolente."

La Pereduri estuvo tentada de considerar esto como una superstición republicana, pero Song se había ganado un mejor juicio para tales habladurías.

"Estaré atenta," prometió.

Por una vez decidió permanecer en medio del grupo, en lugar de tomar la delantera, delante de Zenzele y detrás de Yaretzi. De puntillas, echó un vistazo al espacio sobre el mosaico, pero no había nada, solo polvo viejo. Aún mantenía una mano firme en su contrato, inspeccionando una vista previa antes de comenzar a avanzar. Nada. Lo mismo cuando Inyoni cruzó por completo, seguida de Isabel, pero sin resultados. Otra vez me repito en su interior, cuando estaba a medio camino, y...

(Dientes y garras y un grito desgarrador, entre las manos de Yaretzi, y ella resbaló)

-ya se estaba moviendo cuando el espíritu apareció, sujetando a Yaretzi por el cuello de su abrigo y empujándola con fuerza contra el mosaico mientras ella temblaba.

"CALMADNEZ," gritó Angharad por encima del alarido. "Recuerda que no puede hacernos daño directamente."

Ni siquiera tocaba las manos de Yaretzi, pudo ver, sus garras evitando cuidadosamente cualquier contacto.

"¡Señores!", jadeó Yaretzi, temblando, apretando la piedra. "Oh, señores."

La mirada de Angharad permaneció fija en el espíritu, cuyo chillido empezó a bajar en tono. Parecía un perro devorado por lombrices, medio podrido, pero las lombrices no se movían ni tampoco sus ojos. Tras unos segundos, el grito se apagó por completo y la criatura quedó inmóvil como una piedra. Eso no es un espíritu vivo, pensó Angharad. No era tan... consciente o completo. Tras unos

cuantos latidos, empezó a desmoronarse por dentro, colapsando en grupos de polvo. El olor a descomposición era atroz, como un cadáver en putrefacción. La noblewoman lanzó varias miradas hacia adelante mientras cruzaban, pero no hubo otra emboscada. Lograron cruzar sin bajas.

El otro lado era una amplia pasarela que conducía a las escaleras aireadas que habían visto antes. Al final de los peldaños se alzaba un gran templo con cúpula, cuya puerta de piedra, en ruinas, estaba entreabierta. Aunque estaban rodeados por muros tan altos que parecían acantilados, había un sentido de aire libre en la pasarela — ayudado por la luz dorada que caía desde arriba — que ella encontró placentero. No era la única en esa opinión. Cuando Angharad sugirió que se detuvieran a comer, ya que debía estar cerca del mediodía, la idea fue popular. Después de la emoción del cruce, todos podían aprovechar para calmar los nervios.

La tarifa obtenida del Vigilante era sencilla pero satisfactoria, aunque escasa en conversación. La silueta imponente del templo servía como un recordatorio demasiado severo de lo que pronto deberían hacer.

Cuando partieron, Angharad se sintió más aguda para el resto, tomando la delantera mientras su tripulación comenzaba a subir las escaleras. Este templo en particular, observó, no estaba tan destruido como otros que habían atravesado. En la cima de las escaleras, la entrada exhibía un suelo de patrones elegantes en turquesa – compartió una mirada divertida con Yaretsi ante la coincidencia – y aunque las puertas estaban rotas, la antesala más allá de ellas era una obra espléndida. Las paredes estaban revestidas con azulejos de piedra lunar y serpentina, tocados con vetas de oro e hierro, como si alguien hubiera pintado con metales líquidos.

El paso del tiempo y el uso habían desgastado una ligera hendidura en el suelo que conducía a una cámara inmensa, justo en el umbral de la cual Angharad redujo el paso cautelosamente. Isabel, justo tras ella, respiró suavemente, impresionada por las vistas. No sin razón.

El templo era como una sola cámara segmentada bajo la gran cúpula que habían visto desde afuera. Un piso de mármol negro pulido – tan liso que parecía un espejo – reflejaba con exquisitez el interior de la cúpula, una algarabía de engranajes dorados que giraban como un reloj enorme. La maquinaria allí conectaba con la cámara inferior a través de hilos y poleas doradas, con cien mecanismos de oro y hierro que se movían en una armonía extraña. Varias máquinas en el suelo eran tan grandes que efectivamente segmentaban la sala, proyectando sombras en movimiento sobre el mármol, mientras linternas doradas giraban por encima. Nada de ello producía sonido alguno.

Angharad dio un paso lento sobre el suelo de mármol, seguida por otros que la acompañaban.

—Bueno —dijo Lady Inyoni—, al menos no hace falta preguntar por dónde se encuentra el espíritu.

Siguiendo la mirada de la otra mujer, encontró que, en su estudio de la habitación, de alguna forma había pasado por alto la silueta que, en cuclillas, se encontraba en el centro de todo. A simple vista, parecía un hombre, pero solo eso, ya que aunque el contorno de la silueta era perfecto, su interior era una locura de cobre — engranajes, ruedas y pistones que parpadeaban nerviosos.

—Bienvenido —dijo el espíritu, con voz como campanas de bronce tintineando.

Pareció mucho más amistoso que el anterior, así que Angharad correspondió con cortesía.

—Le agradecemos su bienvenida, venerable anciano —contestó.

El espíritu se estremeció, aunque en nada tenía de animal. Se agitó como un reloj que pierde una pieza, o un carruaje que se descarrila por un camino roto.

—Modales —dijo el espíritu, sorprendido—. Ha pasado mucho tiempo.

No había ojos en esa silueta, pero de alguna manera sintió la atención que le dirigían. No se acercó, porque la cortesía no significa inofensividad, y las demás permanecieron cerca, pero detrás de la línea invisible que ella había dibujado.

—Buscáis atravesar mi templo, ¿verdad? —preguntó el espíritu—. Esto es posible, pero debe haber una prueba.

—Quisiera conocer los términos, venerable anciano —pidió Angharad.

El espíritu de mecanismo volvió a estremecerse, pero esta vez se escuchó un rechinado de metal y escupió algo. Una pequeña rueda dorada rodó por el suelo hasta detenerse.

—Todo —dijo el espíritu—, debe ser medido. Debe ser ganado. Dos o más, sostengan mi engranaje durante el tiempo acordado.

Angharad frunció el ceño. Eso parecía demasiado simple, demasiado fácil. La temblorosa acción la puso en alerta.

—Y vivir para contarlo —añadió el espíritu—. La victoria será siempre y cuando uno sobreviva.

Con una mirada renovada, Angharad observó la maquinaria a su alrededor. Ahora comprendía que cada parte podía ser usada para intentar matarla. La Pereduri, cortésmente, pidió aclaraciones, y aprendió por medio del espíritu que cuanto más de ellos aceptaran la prueba, menor sería el tiempo que tendrían que sobrevivir. El tiempo en que la rueda no fuera sostenida por un participante vivo no contaba en el total. Por muy amistoso que pareciera, pensó, buscaba alimentarse.

“Modales,” repitió el espíritu con aprobación. “Doy recompensa, buenas condiciones. Solo quienes sostengan la pieza estarán en peligro directo.”

Angharad parpadeó sorprendida, agradeciendo al espíritu antes de acudir a conferenciar con los demás. Las opiniones variaban.

“Es mejor rodear, digo,” afirmó Remund Cerdan. “Es un templo grande y no tan destruido, eso no puedo confiar.”

“Si no pasamos por aquí, quizás tengamos que volver a atravesar la corriente para encontrar otro camino,” dijo Zenzele. “No diré que la prueba no tenga riesgos, pero ¿cuál no los tiene? Tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a uno.”

“Podemos escoger quién entra,” reflexionó Cozme, acariciándose la barba. “Eso hace la tarea más manejable, lo acepto.”

“Prefiero darme otro chapuzón que intentar esto,” expresó Yaretzi con franqueza. “Nunca confíes en un dios bien alimentado.”

“Es una prueba de destreza,” observó Inyoni. “Peligrosa, sí, pero en ciertos aspectos la más justa que quizás podamos afrontar.”

La decisión estaba ligeramente a favor de intentarlo. Dos en contra, tres a favor. Isabel desistió de expresar su opinión, pues no participaría en la prueba, alegando que sería inapropiado, dejando a Song y también a Angharad. Ambas se miraron, Song frunció el ceño pero sin oponerse, entendiendo que sería peligroso, aunque a la vista de sus ojos plateados no parecía imposible.

“Intentémoslo,” dijo ella. “Solo voluntarios.”

Que Angharad participara era indiscutible, al igual que la incorporación de Zenzele e Inyoni. El maestro Cozme obtuvo la vacilante autorización de Remund, pero la verdadera sorpresa fue Yaretzi. La azteca le encogió los hombros a la mirada inquisitiva del espíritu.

“Si debe hacerse, entonces aprovecharé al máximo las probabilidades a nuestro favor,” afirmó.

Angharad sonrió con gratitud, encantada por ese gesto. Le complacía que Yaretzi se uniera a su grupo. Cinco personas deberían sobrevivir cinco minutos, comenzando en el momento que uno de ellos levantara la pieza de oro del suelo. Los Pereduri se aseguraron con cautela de que las linternas que iluminaban el templo no se apagasen, y el espíritu accedió a hablar en esos términos. A pesar de su hambre, mostraba una inclinación por la justicia. La apuesta era sencilla: no habría linterna en juego, y la victoria garantizaría a todos los presentes un paso seguro por el templo, hasta que todos los que participaran en la prueba murieran. Aunque cinco se enfrentarían, solo el que sostuviera la pieza al finalizar la prueba sería considerado un ‘vencedor’.

“Verifiquemos que los minutos mencionados coincidan con los que conocemos,” sugirió prudente Inyoni.

El espíritu lo confirmó, contando un minuto con ellos y aceptando que todos los minutos tendrían la misma duración. Con esa última precaución resuelta, Angharad aceptó las condiciones.

"Bien," dijo el espíritu, moviéndose inquieto. "Empezad cuando queráis."

Pero en lugar de moverse, permaneció congelada. Por un momento, al vibrar el espíritu, pensó haber visto algo en su cuello. Dientes y carne roja, tragando. Solo ella percibió que ahora no había nada, solo el espíritu mecánico, e ignoró el pulso de su corazón. Mirar demasiado tiempo a los espíritus nunca suele ser recomendable. Ella había voluntariamente sido la primera en levantar la

pieza, así que se acercó lentamente. Lo suficiente para arriesgar más que un simple vistazo. Angharad pensó en aguas oscuras, en la frescura que la envolvía, y se sumergió profundamente.

(Angharad Tredegar tomó la pieza y la cámara cobró vida.

Un bosque de cilindros se elevó del suelo sin costuras, con bordes dorados como hojas que giraban tan rápido que parecían difusas, y un tapiz de hilos dorados vibraba sobre ellos. Las guadañas comenzaron a caer como péndulos, agudos engranajes avanzaron veloces y, aunque Angharad esquivó el peligro, se vio acorralada. Pasó la pieza a Inyoni tras un minuto, pero el espíritu había sido meticuloso: estaba acorralándolos, dejando obstáculos en su camino. Inyoni la entregó a Zenzele para evitar una muerte estrecha, quien dio tres pasos antes de quedar aplastado por un peso. Yaretzi perdió la cabeza intentando arrebatarse la pieza de la mano del cadáver mientras...).

Ella rompió la previsión y expulsó un jadeo húmedo, su cuerpo temblando como si hubiera sido empapada en hielo. Podía sentir humedad en sus ojos, pero sabía que no eran lágrimas. Discretamente, se limpió las gotas de sangre antes de que pudieran deslizarse hacia abajo. Un movimiento de su poder le indicó que aún podía vislumbrar, aunque ya se acercaba a su límite del día. Valió la pena, aprender que el espíritu no solo usaba las máquinas, sino que además las dejaría allí: cada ataque contra ella era un obstáculo en su camino, y sería muy fácil acabar acorralada si no tenía cuidado.

“¿Lista?” pronunció con voz firme.

“Lista,” le respondió Inyoni con determinación.

Ella tomó el equipo.

Para cuando enderezó la espalda, el espíritu mecánico había desaparecido y las filas doradas que giraban desde el suelo espejo comenzaban a levantarse. Respirando profundamente, ignorando los gritos de sorpresa de sus aliados, Angharad mantuvo la vista en la maquinaria a su alrededor. Un ligero movimiento de hilo le advirtió que la guadaña bajaría en un latido, pero en lugar de huir, se escondió tras uno de los cilindros que se levantaban. La guadaña dorada desde el techo golpeó las cuchillas giratorias, ambas trampas rozándose en un estruendo cacofónico. Un vistazo rápido le indicó que lo siguiente serían las ruedas.

Una especie de motor de relojería en el otro extremo de la cámara se estremeció, lanzando una filosa rueda de hierro hacia ella; y, en seguida, máquinas similares hicieron lo propio desde otras tres direcciones.

“Mantén la calma,” susurró Angharad.

Cuanto más permanecía en el centro, más difícil sería para el espíritu acorralarlas. Como en su visión, el propósito de las ruedas era obligarla a salir de la cobertura, y en cuanto se alejó, las guadañas pilas de cilindros comenzaron a caer una tras otra. La izquierda, la atrapó al cruzarse con una rueda giratoria, y una cuchilla llenó el espacio entre dos cilindros en movimiento. A la derecha, vio cómo una polea se tensaba y una barra de hierro sólido se balanceaba por donde ella había estado apenas segundos antes, subiendo de nuevo hasta el techo justo cuando el arco atravesaba

todo.

Un cilindro se soltó de su base, girando de modo frenético, con cuchillas doradas letales rasguñando el suelo, y mientras Angharad huía de regreso hacia un espacio ocupado por una guadaña, se dio cuenta de que había sido atrapada. Sobre ella, una gran masa de oro se alineaba, suficiente para aplastarla dos veces. Afortunadamente, las otras no estaban lejos. Ella eligió a su sucesor.

“Zenzele,” gritó, y arrojó el equipo.

El señor Malani casi se tambalea al atraparlo, pero lo atrapó contra su manto. Su tía permaneció cerca, lista para rescatarlo en cualquier momento, mientras Angharad respiraba aliviada y circundaba el sitio. La prueba había durado lo suficiente; todos habían notado el peligro de dejarse acorralar, por lo que las muertes brutales que había presenciado no tenían que suceder. El Maestro Cozme se movió con prudencia alrededor del basurero que había creado en el centro, preparándose para tener suficiente espacio cuando le tocara, por lo que fue Yaretzi a quien Angharad se acercó. Ella contaba en voz baja, en su interior.

“Ya casi en la mitad,” le dijo el azteca.

permanecieron juntos un poco más, mientras Zenzele luchaba y entregaba el equipo a su tía, quien rápidamente se lo devolvió a Cozme Aflor, más preparado. La presencia del espíritu los atacó sin misericordia, destrozando pesas, pistones y guadañas tras la soldado con una furia que Angharad nunca había visto ni en la visión. Quería una muerte. Pedazos de maquinaria salían volando, otra amenaza para tener en cuenta. Tuvo que retroceder a Yaretzi cuando un fragmento roto de rueda casi la golpea por un lado, y la azteca tambaleándose en sus pies casi la hace caer en un cilindro giratorio.

“Cuidado,” advirtió Angharad, estabilizándolos a ambos.

“Lo siento,” susurró el diplomático. “Esto... está fuera de mis experiencias.”

Tanto tú como yo, pensó ella. Cozme vio su muerte escrita en el horizonte, por lo que devolvió el engranaje a Inyoni. Yaretzi, quizás avergonzada por el error reciente, se acercó rápidamente para que la mujer mayor pudiera lanzarlo. Comenzó a correr, con hoces cayendo en su estela, y mientras todos sentían que la prueba llegaba a su fin, se acercaban a la esquina donde todo terminaría. El espíritu perdió toda sutileza, soltando pesos no para matar, sino para cerrar caminos, y Yaretzi entregó el engranaje a Zenzele. Angharad eligió un buen espacio amplio para concluir el último tramo del tiempo, y luego se acercó a la Malani.

Pero él no lo entregó, no tuvo tiempo de buscarlo: los cuatro cilindros a su alrededor se desbloquearon en rápida sucesión, justo en el momento adecuado del giro para converger hacia él. Angharad maldijo, desenvainó su espada y atacó al más cercano, pero se encontró demasiado débil incluso para frenarlo. Sin embargo, Zenzele, de manera increíble, se lanzó entre las cuchillas giratorias y salió con solo su abrigo y la espalda cortados por las colisiones violentas de los cilindros. Ya se empezaba a alinear un peso sobre él, pero su tía le arrebató el engranaje de la mano extendida y se apartó.

“DIEZ,” gritó Yaretzi.

Lo tenían, pensó Angharad. Inyoni tenía un tramo despejado delante, que llevaba directo a una esquina, pero mientras ella no corriera demasiado rápido – y los cilindros a su alrededor se detuvieran. Angharad vislumbró hacia adelante, ignorando el calor en sus venas, pero fue un segundo demasiado tarde.

“¡Agáchate!” gritó ella.

Inyoni intentó hacerlo. Pero cada hoja dorada que surgía del cilindro salía disparada, como un chorro de metralla, y no pudo esquivarlas todas. Dos en la pierna, una en el torso, y aún así Angharad mantuvo la esperanza hasta que la mujer mayor tropezó hacia atrás y cayó, revelando la hoja dorada que le atravesaba el cráneo por la mitad, profunda entre las cejas. El cuerpo cayó poco menos de un pie por debajo de Zenzele, ensangrentado y sollozando, con la mano como la de su tía. Él le arrancó el engranaje de la mano, y en un instante las máquinas quedaron inmóviles.

La prueba había llegado a su fin, y Zenzele Duma era su vencedor.